

donde casi todo pasa en el laboratorio de la conciencia; autopsia despiadada de un alma en momentos de honda perturbación y hasta de vértigo; que llamaríamos el *Werther* ó el *René* de su autor, si pudiese ejercer nunca la tóxica influencia que aquellos libros ejercen en espíritus jóvenes y desprevenidos, y si las sanas y piadosas máximas en que abunda no fuesen ya bastante correctivo á lo que puede haber de excesivo ó de peligroso en el devaneo ó cavilación melancólica del protagonista. Es el único escrito de *Juan García* en que pareció bordear la sima de la desolación humana; no ciertamente para arrojarse á ella con desaliento cobarde, sino para escudriñarla hasta el fondo; operación de moralista lícita y aun loable en sí; pero de la cual pueden levantarse nieblas que ofusquen el ánimo mejor dispuesto para triunfar de las negras potencias del abismo que inducen á la desesperación á los mortales. Aquella crisis espiritual fué la última en la vida del poeta: la sombra maléfica, si es que la hubo, no hizo más que resbalar sobre el terso cristal de su alma, tan versada en los misterios del dolor y tan sumisa finalmente á la voluntad divina.

Así llegó á la cristiana y serena elevación de *Ave Maris Stella*, historia montañesa publicada en 1877, una de las mejores novelas

históricas que se han compuesto en España; para mi gusto la más simpática, juntamente con *El señor de Bembibre*, de Enrique Gil, otro ingenio septentrional de la misma familia de espíritus que Amós de Escalante; pero cuya voz melodiosa tiene un timbre más apagado, así como los idílicos paisajes del Vierzo, descritos por él, difieren de la ceñuda y selvática majestad de nuestros montes.

Desde su primera juventud, casi diríamos desde su infancia, fué Escalante gran devoto de Walter Scott, á quien leía con delicia, no sólo en sus novelas, sino en sus poemas, mucho menos conocidos en España. En el presente tomo puede verse la gallarda traducción que hizo de *El Palmero*, dándole el tono y sabor de un viejo romance castellano. Entre las novelas, gustaba con preferencia de *Waverley*, de *Old Mortality* y de *El Anticuuario*. A ellas y á todas alcanza esta brillante síntesis, que trazó al correr de la pluma en un artículo crítico de que guardo indeleble memoria por haber servido de cariñoso estímulo á mis primeros ensayos:

«Reinaba por entonces en los dominios de la imaginación, teniendo á su merced el universo leyente, uno de los más hábiles y poderosos magos, á quienes enseñó naturaleza el arte de evocar y hacer vivir generaciones



muertas, levantar ruinas, poblar soledades, dar voz á lo mudo, voluntad á lo inerte, interrogar á los despojos de remotos siglos y hacer que á su curiosidad respondieran; aprendiendo de la espada rota en cuál batalla ganó sus mellas; del borrado libro, á cuál cerebro dió luz y á cuál corazón inquietudes; de la herramienta desconocida, los usos é industrias en que sirvió al hombre; del apollado mueble, qué secretos encerró, qué vanidades lisonjeaba, qué necesidades entretenía; de la deslucida y harapienta tela, las desnudeces que disimuló y las maldades ó las virtudes que vistiera; de la desbaratada joya, el lujo de que fué instrumento y cómplice; del cantar antiguo, los miedos que logró ahuyentar, las cóleras que supo encender, y de las leyes escritas, de las piedras labradas, del eco tenuísimo, sensible apenas, conservado en la memoria de la raza, los vicios y virtudes, las necesidades, las costumbres, el culto, el arte, la lengua; adivinando el modo de vivir del espíritu en la obra del entendimiento y el modo de vivir del cuerpo en la obra de las manos. Era este mago Walter Scott (1).»

(1) Artículo publicado en *La Epoca* sobre mi biografía de Trueba y Cosío en 1876.

Cabalmente el primero en fecha de sus imitadores españoles, que fueron legión bizarra y animosa, aunque todos más literatos que novelistas de vocación, había sido un ingenio santanderino, D. Telesforo de Trueba y Cosío, que arrojado por las tempestades políticas á Inglaterra, donde se había educado, aprovechó su rara pericia en la lengua de aquella nación para escribir interesantes narraciones de asunto español, entre las cuales sobresale la titulada *El Príncipe Negro en Castilla*. Era Trueba ardiente patriota, y por puro patriotismo escribía en inglés, para que se difundieran más rápidamente por el mundo los cuadros y tradiciones heroicas de nuestra historia, el tesoro poético de nuestras crónicas y romanceros. Era escritor culto y discreto, y si le faltaban dotes de primer orden, tuvo las suficientes para ser leído con agrado y obtener un éxito lisonjero, aunque efímero, siendo traducidas sus obras á las principales lenguas de Europa, incluso el ruso, y llevando á todas partes las primeras nuevas del despertar romántico de España.

*Juan Garcia*, que estimaba en su justo precio á este modesto y olvidado precursor del romanticismo peninsular, encontraba entre el montañés de Escocia y el montañés de Cantabria afinidades de origen, por las cua-



les había sido conducido naturalmente el segundo á la imitación del primero. «Parécense las cunas de ambos poetas, regiones una y otra de montes y aguas, ásperas y sombrías, de suelo pobre, desdeñoso cielo, angostas hoces, hondos bosques, inexploradas cimas, terror misterioso, padre de la superstición y la conseja, razas suspicaces y belicosas, fuente de tradiciones y leyendas.»

Pero á ingenios de otra valentía y de temple más castizo que el anglo-hispano Trueba y Cosío, estaba reservado el producir la genuína novela montañesa, descubriendo y aprovechando «la varia y generosa poesía esparcida, manifiesta ú oculta, en las antiguas leyes, en las costumbres, en las memorias y el paisaje sublime de su nativa tierra». Bastóle á Pereda la observación de la siempre fiel naturaleza para hacer entrar en los dominios de la inmortalidad á la Cantabria agreste y marinera. Antes y después de este triunfo soberano de nuestra musa regional, buscaba *Juan García* en el subsuelo histórico las hondas raíces de aquel árbol de ruda corteza y savia infatigable y rica, que tan buena sombra había prestado siempre á los moradores de la llanura. Hubo un momento en que ambas intuiciones poéticas se encontraron sin confundirse. Pereda, refractario por temperamento á la curiosidad erudita, sentía

vigorosamente la tradición como si de ella formase parte; no la aprendía, sino que la veía, en sí mismo primeramente, y en todo el círculo de sus ideas y afectos. Era el fondo de su vida psicológica, y dondequiera la encontraba reflejada: en las fiestas y regocijos populares; en ferias, romerías, *hilas* y *des-hojas*; en la viril y cristiana democracia del cabildo de mareantes; en la benéfica tutela del patriarcado rural. De cómo habían vivido los montañeses de otras edades, nunca pensó en informarse despacio; pero adivinaba lo pasado por los recuerdos de su niñez, y creía vagamente en una edad de oro, tras de la cual había venido la de plata, ya próxima á degenerar en la de hierro, pero que todavía conservaba intacto algún filón de la riqueza antigua.

Este filón era el que tenazmente explotaba Amós de Escalante, cuya imaginación retrospectiva, no de aquélla que suele descaminar como fuego fatuo á los eruditos livianos y presuntuosos, sino imaginación de poeta encariñado con las ruinas, no por ser ruinas, sino por ser bellas, completaba la visión de Cantabria, transportándola de las lejanías del ensueño al firme terreno de una realidad histórica y poética á la vez: histórica por lo sólidamente documentada, poética por la verdad eterna de los sentimientos.



Motivo de larga indecisión fué para Amós, no el escoger argumento para su novela, puesto que el sencillísimo que tiene (una discordia y rivalidad amorosa entre hermanos) se le ocurrió casi de improviso y es una situación de las más elementales, sino el fijar la época de la acción y el grupo de acontecimientos históricos que habían de combinarse con los incidentes de la fábula. Otros ensayos de novela histórica había hecho antes de éste; pero ninguno llegó á término, aunque de *El Veredero*, donde se proponía perpetuar algunos rasgos de la vida provincial en las postrimerías del siglo XVIII, llegó á escribir bastantes capítulos. Menos avanzó en *Giles y Negretes*, crónica de los bandos de Trasmiera en tiempo de Enrique IV, tema de su especial predilección, y sin duda el más novelesco y pavoroso que ofrecen los anales de la provincia. Por fin recayó su elección en el siglo XVII, lo cual ocasionalmente puede atribuirse á la lectura, atenta y meditada como todas las suyas, que por aquellos días hizo de los tomos entonces recientes del *Memorial Histórico Español* que contienen las Memorias de D. Diego Duque de Estrada, las cartas de los jesuitas y otros documentos relativos á la historia anecdótica del reinado de Felipe IV. Le interesaba el contraste entre el hervir bullidor de la vida militar, aven-

turera y cortesana, que en aquellos relatos se presenta, y la existencia quieta, obscura, todavía de Edad Media, pero de Edad Media pacificada y sumisa, que adivinaba su espíritu escudriñador en las crónicas monásticas, en los papeles de pleitos y linajes, en los cuadernos de hermandades, único archivo montañés de aquella centuria en que la Montaña no tuvo historia para los extraños.

Además, escribiendo de aquel período en que el arte español recogió su más alta corona como en desquite de las que dejaban caer sus monarcas, llevaba vencida de antemano la mayor dificultad de la novela histórica: la de dar al diálogo su propio y genuino sabor, sin esfuerzos de arcaísmo, sin taracea de vocablos viejos y nuevos, escollo inevitable en argumentos de la Edad Media, donde la representación, si es nimiamente fiel, puede tornarse en incomprensible para el vulgo, y si se moderniza demasiado, corre riesgo de hacerse trivial y desagradar á los entendidos. En el siglo XVII encontraba Amós su verdadera patria espiritual. Si de algo pecan sus personajes es de hablar demasiado bien, con una pureza de gusto más propia de los contemporáneos de Fr. Luis de Granada que de los de Gracián. Pero recuérdese que á provincias las modas solían llegar tarde, y es natural que en tierra tan fragosa



como la que más de España y tan alejada del trato y comunicación forastera, no hubiesen penetrado mucho las quintas esencias del gusto palaciego y se hablase todavía llana y apaciblemente, aunque no de fijo con tanta sabiduría y discreción como la que muestran en sus pláticas los hidalgos y religiosos que Amós introduce en su libro. El por su gusto participaba de ambos siglos, y era indulgente hasta con el abuso del ingenio; pero el *sexcentismo*, sólo por sus partes mejores y más sanas, pudo tener acción sobre él. Nunca su pluma resbaló en el culteranismo; pero como hombre de ingenio tan sutil fué alta y noblemente conceptuoso en prosa y en verso, declarando las agudezas de su pensar, no con palabras forasteras y peregrinas, sino con suave y graciosa elegancia que rodea amorosamente el concepto y en él se recrea hasta agotarle. Quevedo, tan gran mina en lo serio como en lo jocoso, aunque menos trabajada por los imitadores, le cautivaba por la valentía de las sentencias, y á veces le imitó en esto, pero no en su concisión áspera y ceñuda, que es de muy peligrosa imitación para quien no tenga su propio genio colérico, impaciente y adusto, que procede siempre como por saltos.

De las dos principales formas que la novela histórica tiene, ¿á cuál pertenece *Ave*

*Maris Stella?* Hay entre las obras de Walter Scott, algunas de las más brillantes y famosas, no de las más espontáneas (*Ivanhoe*, *Quentin Durward...*), en que la historia da, como dice muy bien nuestro Amós, «el esqueleto y trabazón del artificio literario, el color de los tiempos, el compás de la acción, la medida de los caracteres y aventuras». Tienen estas novelas el inconveniente de que la Historia se desborda en el campo de la poesía, con tan impetuoso raudal, que anula la acción del protagonista inventado y convierte sus personales aventuras en una especie de máquina teatral puesta al servicio del gran drama de las ambiciones y las catástrofes humanas. Sobre esta manera de narraciones histórico-anoveladas recaen principalmente las observaciones de Manzoni, que, después de haber compuesto su áureo libro de *I Promessi Sposi*, entró en escrúpulos literarios sobre el libro y sobre el género, y escribió su opúsculo *De la novela histórica*, en que expone largamente y con su ingenio y sagacidad acostumbrados, los inconvenientes de aquella forma poética y de las que con ella tienen alguna semejanza. En lo cual es de notar que Manzoni tildaba y corregía opiniones suyas anteriores, puesto que en su admirable *Carta sobre las unidades dramáticas*, había hecho la más profunda apología



del drama histórico, tanto mejor, cuanto más fiel á la Historia; siendo doctrina de aquel sutil pensador y gran poeta que «las causas históricas de una acción son esencialmente las más dramáticas y las más interesantes, y que cuanto más conformes sean los hechos con la verdad material, tendrán en más alto grado la verdad poética que buscamos en la tragedia».

Si esta doctrina puede parecer extremada por lo mucho que restringe los derechos de la fantasía, todavía es más rígida la que luego sostuvo, condenando como género contradictorio en sí mismo toda mezcla de historia y ficción. La humanidad continúa recreándose con este género híbrido, y en la cúspide de él coloca precisamente un libro de Manzoni. Pero éste pertenece á la segunda categoría de novelas históricas, al grupo en que debemos colocar también las obras más amables y espontáneas de la primera manera de Walter Scott. En vano intentan hoy los críticos rebajar el mérito de este mago de la Historia, Homero de una nueva poesía heroica, acomodada al gusto de generaciones más prosaicas, y, en suma, uno de los grandes bienhechores de la humanidad, á quien dejó en la serie de sus libros una mina de honesto é inacabable deleite. La exactitud histórica completa es un sueño; y si por me-

dio de procedimientos científicos no podemos llegar más que á una aproximación, ¿quién va á exigir más rigor en el arte? Walter Scott nunca tuvo la pretensión de que sus novelas sustituyesen á la Historia, y, sin embargo, grandes historiadores fueron los que, guiados por su método, comenzaron á resucitar la Edad Media con su genuino espíritu.

Para los grandes hechos históricos no hay como la historia; la fábula sirve sólo para obscurecer su grandeza. El único medio artístico de celebrarlos con dignidad es la efusión lírica. Pero ni la historia se compone tan sólo de peregrinos y encumbrados acaecimientos, ni sabe ni dice todo lo que puede decirse y saberse de ciertos períodos, hombres y razas, que por no haber influido eficazmente en el mundo, ó porque de sus hechos no queda bastante memoria en papeles y libros, permanecen olvidados y silenciosos aguardando el són de la trompeta que los levante del sepulcro. Y entonces llega el arte, que entre sus excelencias tiene la de suplir con intuición potente las ignorancias de la ciencia, los olvidos y desdenes de la historia; y resucita hombres y épocas, nos hace penetrar hasta lo íntimo de la organización social, y nos da á conocer, no sólo la vida pública y ruidosa, sino la familiar y doméstica



de nuestros progenitores. Que tal oficio está expuesto á quiebras en modo tal, que si esas generaciones despertasen, quizá no conocieran su propio retrato, puede ser cierto; pero cuando faltan modos de averiguarlo, importa poco, si el novelista lo es de veras, que haya sustituido la realidad histórica, mezquina y prosaica á veces, con otra realidad poética, dulce y halagadora que, en medio de todo, es tan real como cualquiera otra de la vida. Pero ni aun ese cargo puede hacerse á los poetas eruditos que antes de escribir novelas se han internado en el laberinto de las pasadas edades con el hilo de la crítica, y han reconstruido, no simplemente adivinado, la historia, fundándola, antes que en vagas imaginaciones, en porfiada y diligente labor sobre antiguos documentos, sin desdeñar tradiciones y usanzas añejas, donde la historia vive vida tan persistente y tenaz como en los relatos de los cronistas. Tal hizo Walter Scott en aquellas novelas, para mí las mejores de su colección, en que describe costumbres escocesas que él y muchos de sus lectores habían alcanzado, odios de familia que aún duraban al tiempo de su infancia; tal realizó con suma conciencia Manzoni para restaurar aquella Lombardía semipañoleta del siglo xvii, y tal fué, en su *historia montañesa* de la misma centuria, la empresa

que acometió *Juan García*, discípulo de los más hábiles que en España han tenido ambos maestros.

Discípulo de Manzoni más que de Walter Scott, si se atiende al espíritu, no sólo moral, sino austeramente religioso, de positivo y práctico cristianismo, que se difunde por todas las venas de la obra; arte severo é inmaculado que no admite, ni á título de contraste, ninguna emoción desordenada. Discípulo por la sencillez de la acción que no sale de los términos de la vida ordinaria, ni ofrece complicación alguna de las que por excelencia se le llaman novelescas, ni busca tampoco los aspectos más brillantes de la historia al injertarse en su tronco. Discípulo también, pero no imitador ni copista servil, en los dos principales caracteres, Don Diego Pérez de Ongayo y Fr. Rodrigo. ¿Quién al contemplar el verdadero desenlace de nuestra novela en la cristiana y resignada muerte de aquel desalmado solariego, Caín de sus hermanos, amansado ya y traído á penitencia por la solemne, á par que cariñosa, voz de su hermano el fraile, no se acuerda involuntariamente del *Innominato* y de *Frá Cristoforo*?

Otros caracteres entran más en el género de Walter Scott. Casto y gentilísimo, con delicados toques de pasión, es el tipo de Doña



Mencia; grave y austeramente señoril el de su madre Doña Brianda; arrebatado y generoso el del Capitán que vuelve de Flandes; noble y fiel el del Rebezo; iracundo y pronto á la venganza el del catalán, como aquellos paisanos suyos cuyos hechos nos refirió en estilo de Tácito D. Francisco Manuel de Melo. Ninguno de estos personajes es convencional; todos tienen rasgos de época finamente estudiados. Pero aunque entre ellos se teja principalmente la trama de la novela, todavía valen más otros personajes episódicos: el hidalgo de Binueva, tan sano y entero de alma como descompuesto, extraordinario y brusco en actos y modales; el ladino y cortesano abad de Santillana, que tan discretamente camina al logro de sus ambiciones; el taimado político de campanario Agustín Calderón; el licenciado de Ruiseñada, rico en argucias y pedanterías jurídicas; los dos hermanos Gómez de la Torre, deliciosamente cómicos en su galantería infantil y trasnochada, en la perpetua comunidad de sus pareceres y en la impertinencia de sus discursos. Y tras ellos todo el coro de montañeses, que bien muestran ser abuelos genuinos de los de Pereda y parientes próximos de los escoceses pintados por Walter Scott, sin que haya en esto imitación, sino absoluta y perfecta coincidencia: económi-

cos, pacientes, cautelosos, astutos, obligados á serlo por la pobreza de la tierra y por el hábito de vivir en perpetua contienda forzosa.

El escenario histórico en que toda esta gente se mueve está admirablemente elegido. Quedaba en las Asturias de Santillana, y persistió por lo menos hasta el tiempo de Carlos III, un resto importante de las antiguas libertades comunales: las Juntas de los nueve valles, que se reunían en el Puente de San Miguel, lugar del valle de Reocín. «Desde allí (como dice Escalante) fué largos años gobernada y regida por sus procuradores, parte muy principal y considerable de aquella antigua tierra en Castilla llamada de Peñas-al-mar, tierra tan fatigada por el ánimo inquieto de sus naturales, los derechos encontrados, las jurisdicciones varias, las leyes muchas y confusas, mal obedecidas las nuevas y olvidadas las antiguas.»

Hallábase aquel humilde Capitolio montañés, del cual no quedan ni ruinas, en la margen izquierda del Saja. El archivo de las Juntas se guardaba y no sé si se guarda todavía en la vecina ermita románica de San Miguel. Atentamente le había explorado Amós de Escalante, para quien eran tan conocidos aquellos parajes como los rincones de su nativa casa. Cuanto en el libro se escribe de aquella